

UNA VOZ DE MUJER

Del "Ensemble" a la Guayabera

Por BERTA AROCENA

Comenzaré por una anécdota y continuaré, ampliando comillas, con el juicio de un escritor extranjero, que entre nosotros ha poco estuvo, y comparó la elegancia de la mujer cubana con el desaliño de su compañero. Lo que pretendo no es, de ningún modo, especular en modas masculinas. Lo que me propongo, si es, de todos modos, deshilar en la crónica ligera, una sugerencia a favor de que el hombre nos imite, subrayando con indumento adecuado, la circunstancia y la hora.

Pues... Una vez, sonrei ante la prohibición que, desde su portal del Vedado, estableció cierta amiga mía, en flor sus cuarenta años cumplidos, que riman con la fresca inmarchitable de su espíritu. Trataba mi amiga, quien tiene tres hijas, a la sazón, entre los dieciocho y los trece, años de impedir que los muchachos a sus hijas visitaran, luciendo aquellos "bobitos" que usaron en la intimidad nuestras abuelas, y que disimulaban su procedencia de la alcoba femenina, con el bautismo importado. El "ensemble" desesperaba tanto a esta señora, como a Ana María Borrero, la que— bendita su memoria sea!—desplegó una campaña de primera, en contra del auge inusitado del "bobo". "Con "bobito" no entran ustedes. Me opongo, porque mis hijas se arreglan para recibir a la tarde, aunque no vengan ustedes. No me resigno a esa indumentaria, que ya no es deportiva, sino irrespetuosamente cómoda!"

Sus niñas— las niñas de mi amiga—paralizadas de asombro, la escucharon. Franqueza ruda la de aquella mujer, de costumbre tan comprensiva, ejerciendo el chaperoneo de manera amena. "¡Las cosas de mamá!", comentaba Ester en primogénita, volviéndose luego a sus hermanas. "No sé cómo se atreve! Si todos los muchachos usan ahora el "ensemble" de la mañana a la noche, y todos los "clubs" los aceptan así vestidos. Ya verán continuaba— ¡cómo nos espanta las visitas esta tarde. Y tan divertidas que son, antes de la comida!" "No lo creo—dudaba Olga, la benjamina, psicóloga sin saberlo, a los trece abríles. "Si les gusta conversar con nosotras, vendrán sin "bobos". Y no me

niegues, Ester, que lucen horrosos, fuera de la playa o de los "pic nics". Tan bonita que es la corbata! Y tan interesante el "flus" blanco o azul marino! ¿Apuestas algo conmigo, Ester, tú a que no vuelven, y yo a que vuelven vestidos como mamá quiere?"

Apostaron. Ganó Olga. Cada chico estrenó aquella tarde una preciosa corbata y un "flus" impecable, a la inglesa, cortado en La Habana. Flirtearon con las tres hermanas, sin desmerecer con su ropa floja, los entallados vestidos.

Ha pasado algún tiempo por la juventud de las hijas de mi amiga. Una, Ester, va a casarse con un colono. La otra, Marta, estudia en el Norte, después de brillantemente terminar su bachillerato en La Habana. La benjamina, Olga, ha estrenado el famoso vestido largo del primer baile formal, pizpireta como siempre, y seductora. Casi todas las tardes, afluye al portal, para charlar con Olga, un grupo de hombres en perspectiva, y "no de monos" como señala ella a los chicos de su edad, ¡qué parejera! que van todavía a la escuela! Vienen—y la mamá ha accedido—en típica guayabera, que ya da a la silueta masculina, cierto empaque y un estilo. Sin embargo... ¿No estarán abusando los cubanos de esa prenda criollísima, a la que dicen Cubaverra en los Estados Unidos?

Pues sí, lectora. Sé que en cierta ocasión, tratando de embellecerte ante tu marido, te pusiste un traje muy lindo para ir al cine. Una "premiere" del Teatro América, por la que habías suspirado, y dónde nuestras mujeres emanaron modisteriles esencias parisinas. Ellos, en cambio,—entre ellos tu marido—acudieron muy campantes en almidonadas guayaberas. "Fuera de sitio, en esta circunstancia y a esta hora", secreteaste, empujando tu boca hasta su oído.

Y tú tenías la razón, lectora. La Habana es una capital y no un lugar de temporada. Pasan por ella multitud de personajes de todas las latitudes, atraídos por la clemencia de nuestro clima, por el azul de nuestro cielo y por el eco que tiene fuera, nuestra cultura. ¡Qué no se diga! Al



palidecer el sol— porque ¡claro que justifico la guayabera hasta en la oficina del jefe de una empresa de mucho vuelo y hasta en el "lunch", ingerido entre dos apuros, mezclados a los hombres las mujeres!— se impone el atuendo masculino que no detone con los modelos que las féminas exhiben.

Y, aquí, lo que dijo—fortaleciendo tu opinión y la mía— el escritor extranjero a un escritor cubano. Estaba aquél aún embrujado por el susurro de la campaña, erizada de palmeras y por un tramonto a lo largo del Malecón habanero. "Sabe usted una cosa, amigo? Pues, que estuve anoche en el cine. En un concierto anteanoche. El viernes, en La Comedia y el sábado, merendando, en una lujosa residencia del Vedado. Vuestra hospitalidad me fascina. Y me fascinan los ojos y la elegancia de las cubanas. Me chocan algo los hombres, tan mal vestidos. Los hombres aquí en La Habana, y con raras excepciones, parecen los criados de sus mujeres!"

Y aquí estoy yo. Pasando del "ensemble" a la guayabera, hemos adelantado. Pero, prodigar la guayabera, mientras el turismo se acentúa, pese a nuestra escasez de hoteles, es un contrasentido. Entonces— sugestión que brindo a las mujeres que escriben en la revistas y periódicos —¿por qué no emprender una cruzada, en homenaje al buen gusto que caracterizó a Ana María Borrero, elegante de continuo, aunque jamás ni tiesa, ni empingorotada, no contra la clásica guayabera de los cubanos, sino contra el abuso de esa prenda, en cualquier circunstancia y a toda hora?

Sí. Ya sé. Nuestro terrible verano. La necesidad de sentirse cómodo, en y después de la agotadora jornada. Pero, ¿es que las mujeres no sudamos, estando por otra parte contrarrestado el calor en casi todos los espectáculos por el aire acondicionado? Pero, ¿es que las mujeres no trabajamos? Ustedes saben que trabajamos. Mas, en respeto al ornato público, complaciéndonos en lo profundo la adulación de un vestido "flou", como diría Ana María Borrero, vamos al "sacrificio" con agrado. Y hete a nuestros maridos disfrazados de campesinos, con sabroso relente, es verdad, de un ingenio azucarero del pasado, fuera de marco junto a nosotras y al moderno capitalinismo que en aquellos instantes priva.

Me pronuncio, pues, a sabiendas, contra el abuso de la guayabera, que tú misma, lectora, también a esa costumbre rebelada, regalas a tu consorte para que la luzca cuando no interfiera con el circundante panorama, el sentirse cómodo. ¿Por qué tú no me ayudas a convencer a mis colegas que se pronuncien en tal sentido, si de acuerdo están con el mensaje, que en eso del bien vestir, como en aquello del literario protagonismo de un ejemplar periodismo cubano, nos legó la exquisita mujer que fué Ana María Borrero?

Recuerda que Olga, la menor de las hijas de mi amiga, esa chiquilla que me dió un pintoresco "pie" para la crónica, apostó con Ester y ganó. Los muchachos fueron a verlas sin "bobos". Es más que el hombre —y termino— la mujer cubana, quien triunfará en el rescate de la elegancia masculina, haciendo al cabo los hombres— si lo afirma hasta el presidente Grau— lo que las mujeres quieren.

*M, ab 24/48*

